

Pentecostés B/2012

Hoy celebramos la fiesta de Pentecostés y el descenso del Espíritu Santo sobre los apóstoles. De hecho, en la tradición judía, el Pentecostés fue celebrado cincuenta días después de la Pascua de los judíos en la conmemoración del día que Moisés recibió la Ley en el Monte Sinaí. Por eso, el pentecostés fue sobre todo una celebración de acción de gracias a Dios por el regalo de la Ley y la fundación de Israel como una nación. Como ustedes saben, sin la Ley, no hay ninguna nación.

Esta visión desempeña un papel grande en la narrativa que los Actos dan sobre el descenso del Espíritu Santo sobre los Apóstoles en Pentecostés. De hecho, para San Lucas, no es la Ley de Moisés la fundación de la comunidad cristiana, pero la nueva ley dada por el Espíritu de Jesús.

El Espíritu Santo es una de las tres personas de la Santa Trinidad. Muy a menudo Su acción es invisible a los ojos desnudos. Es la razón por la cual en los Hechos, San Lucas describe aquella acción invisible en términos de viento y fuego. Como un viento fuerte, el Espíritu Santo puede transformar todo y cada situación para el bien de la Iglesia y de los discípulos de Jesús. Como un fuego, el Espíritu Santo puede destruir pecados y todo lo que previene en nosotros aceptar a Dios y reconocer a Jesús como nuestro Señor.

¿Si esta es la acción invisible del Espíritu Santo, cuáles son los signos visibles de su presencia? En primer lugar, el Espíritu Santo da el coraje y el valor para atestiguar a Jesús. De hecho, sabemos que los discípulos tuvieron miedo de los judíos que condenaron a Jesús en nombre de la Ley judía y fueron escondidos. En el Pentecostés, todo eso cambió completamente a tal punto que ellos salieron y atestiguaron a Jesús.

Segundo, el Espíritu Santo es un agente de la unidad. Él trabaja en la unidad de la Iglesia y de los discípulos de Jesús. Donde está el Espíritu, allí se destruyen las barreras humanas y la gente se une.

De hecho, la ley judía prohibió a los judíos de tener cualquier relación con los paganos y extranjeros. En el Pentecostés, todo eso cambia completamente de modo que los discípulos le dan la bienvenida a todos los pueblos del mundo conocido de su tiempo y son reunidos en Jerusalén. Los pueblos los han oído proclamar el mensaje de Jesús en sus propias lenguas, según las palabras que el Espíritu les ha dado.

Como ustedes pueden ver, uno de los papeles del Espíritu Santo es de juntar a la gente más allá de sus orígenes diferentes, a pesar de su lengua, raza, nación o cultura. Por eso, cuando la gente permanece en conflictos y lucha en contra el uno al otro porque ellos son diferentes, esto sería un signo que el Espíritu no está presente en su medio. Esto es verdadero para dentro de una comunidad al igual que dentro de una parroquia, para los miembros de una familia así también como para grupos de las personas.

Este episodio nos enseña también que la Iglesia es universal en su fundación. Está abierta al mundo entero representado por aquellas nacionalidades diferentes y pueblos unidos alrededor de los apóstoles en el Pentecostés. Prestar atención a la universalidad de la Iglesia es dar la bienvenida a las diferencias entre nosotros como un signo de riqueza que recibimos del Espíritu Santo. Es por esta razón que tenemos

que reconocer y aceptar los dones diferentes que el Espíritu Santo da a nuestros hermanos y hermanas entre nosotros a fin de construir la Iglesia.

La consecuencia de tal visión es que cada miembro de la comunidad cristiana es importante y debería ser respetado de la manera en que él o ella es. Como hemos sido todos bautizados en uno y un mismo Espíritu, formamos un cuerpo de Cristo a pesar de nuestras diferencias. Esto significa igualmente que, aun que en la naturaleza seamos diferentes, por orden de la gracia, somos todos iguales ante Dios. Por eso San Pablo dice que todos, judíos o no judíos, esclavos o libres, se nos ha dado a beber del mismo Espíritu.

Esto quiere decir otra vez que nuestros dones diferentes son la manifestación del mismo Espíritu. Si esto es el caso, nuestros dones no deberían ser una fuente de conflicto entre nosotros, sino al servicio del uno con el otro. Del mismo modo, los dones y los talentos que tenemos no deberían ser una causa de la división, pero mejor dicho un elemento que contribuye a la unidad del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

En aquella perspectiva, los que entre nosotros son más dotados que los otros deberían poner sus dones al servicio de otros, de modo que debido a ellos, podamos disfrutar de la abundancia del Espíritu Santo quién da a cada uno según sus habilidades y capacidades.

Si entendemos bien esta visión de San Pablo, deberíamos ser humildes, modestos y no orgullosos. ¿Después de todo, qué tenemos que no hemos recibido gratuitamente de Dios? ¿Qué hemos hecho de modo particular para que seamos más dotados que otros?

Hablar así, es simple, pero la realidad es más compleja. Sabemos, por ejemplo a través la experiencia humana, que nos aprovechamos egoístamente los dones que Dios nos ha dado. Sólo nos miramos y no nos preocupamos por otros. A veces, estamos tan orgullosos de nuestros dones que despreciamos aquellos que no se parecen a nosotros.

Jesús, sabiendo la verdad de nuestra indiferencia y el mal uso de nuestros dones, nos ha dejado un remedio a través del sacramento de confesión. Jesús quiere que nosotros reconciliemos con nuestros hermanos y hermanas y con él. Donde hemos fallado de vivir según su Espíritu, tenemos que pedir el perdón y cambiar nuestras vidas. Es sólo de esa manera que podemos tener su paz en nuestros corazones. No perdamos la oportunidad de hacer la paz con nuestros hermanos y hermanas y nuestro Dios por el sacramento de confesión. Recemos que el Pentecostés pase en el corazón de cada uno quién busca a Dios. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Hechos de los Apóstoles 1, 1-11; 1 Corintios 12, 3-7. 12-13; Juan 20, 19-23



Fecha de la Homilía: el 27 de Mayo, 2012
© 2012 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20120527homilia.pdf